



Alguna otra vez alzaba mi vela y me ponía á gobernar la embarcacion mientras las damas me daban viento con sus abanicos.

Galería Literaria.—Murcia y Marti, editores.

VIAJES

DEL CAPITAN

LEMUEL GULLIVER

Á DIVERSOS PAISES REMOTOS.

NOVÍSIMA TRADUCCION

ILUSTRADA CON LÁMINAS.

TOMO IV.

MADRID:
Imprenta de la Galería Literaria,
Colegiata, 6.

1873

VIAJES

DEL CAPITAN

EMUEL GULLIVER

SEGUNDO VIAJE A BROBADINGNAG.

PRIMERA PARTE.

CAPITULO PRIMERO.

El autor se embarca para Ostende, donde le hacen capitán del «Dragon de Oro.» Sigue su rumbo, llega á Tenerife y continúa hasta San Salvador: allí se escapan ocho de su tripulación en la chalupa. El gobernador rehusa mandar hacer su pesquisa. Parte de esta ciudad y arriba á las costas de Brobdingnag.

El 1.º de diciembre de 1720 salimos de Lamehusa á bordo de los *Dos Hermanos*, mandado por el capitán Smithes, y llegamos á Ostende el día de Navidad sin haber experimentado el menor riesgo.

Allí encontré varios oficiales de marina conocidos míos que me ofrecieron sus facultades, y por último me compuse con los señores Grant y Willis, comerciantes ingleses, católicos.

El 1.º de abril de 1721 entré á bordo del *Dragon de Oro* en calidad de comandante, é hici-

mos velas para el Japon y la China. Mis dos compañeros eran perfectamente cuidados, y parecían contentos del viaje, excepto los tres primeros días que se marearon mucho.

El 23 pasamos á la vista del Pico de Tenerife con un viento de Sudsudeste, cerca de catorce leguas de la tierra, segun mis observaciones. El dia siguiente entrada la tarde echamos el áncora en el puerto de Oratava y saludamos la ciudad con siete cañonazos, á que nos correspondieron con otros cinco. Es ocioso describir una plaza que es tan conocida de todo el mundo.

Al cabo de ocho dias, en los cuales tomó refresco la tripulacion, nos hicimos á la vela para la costa del Brasil en compañía de dos navés inglesas y otra embarcacion holandesa. Percibimos por la noche una luz que parecía venir de algun buque, y al rayar el alba descubrimos un corsario argelino dando caza á la embarcacion holandesa, hasta que la apresó. Quisimos acudir al socorro, más no pudimos á causa de la gran calma, de suerte que el corsario remolcó su presa y se salvó á fuerza de remos.

Parte de mi gente se mostró descontenta de las órdenes que habia dado para este socorro,

diciéndome en tono de resentimiento que ellos no se mezclaban en los negocios de los holandeses; que los de esta nacion no hubieran puesto una vela más para socorrernos, si nos hubiesen visto en igual situacion, y á esto añadieron todos que no estábamos para combates teniendo que hacer un viaje tan largo. Tenian razon, pues yo no hubiera obrado de esta manera á no ser por dar á mi gente una buena opinion de mi valor; y así les respondí que me habia llevado la humanidad, pero que en adelante no se determinaria nada sinó en consejo de guerra. Anoté al mismo tiempo los nombres de los que habian de componerle, entregué la lista á la tripulacion, y me la volvió con su aprobacion, pidiéndome perdon de lo que habia pasado.

Quedé contento de haberles dado gusto, porque me acordaba á menudo de lo que me habia sucedido en uno de mis viajes precedentes, y hasta San Salvador no hubo desgracia. Allí desertaron ocho marineros en la chalupa, y pareciéndome conveniente pedir licencia al gobernador para buscarlos, se me excusó diciendo que era costumbre entre los españoles proteger á cualquiera que se acogiese á ellos.

Entonces me eché á buscar modos de que tuviesen efecto mis ideas, estando bien cierto de

que mi gente no me dejaría jamás desembarcar en la isla de los houyhnhnms, si tenía la fortuna de encontrarla.

Por otra parte estaba desazonado de no poder conversar, como antes, con mis dos amigos á causa de mis ocupaciones, que no me dejaban tiempo. Y para decirlo de una vez, yo sabía bien que el país de los houyhnhnms estaba entre los cuarenta y tres y cuarenta y seis grados de latitud meridional en el mar de las Indias, y la ruta de la China no era esta.

Sin embargo quise sondear á algunos de los oficiales diciéndoles, como por pasatiempo, que había estado en una ocasión en cierta isla á tal latitud, donde había minas de oro que no se conocen iguales; pero sin descubrirles cuales eran sus habitantes; solo sí les declaré que eran unos indios pacíficos, amantes del comercio, y tras esto forjé una relación (á pesar de mi aversión á la mentira), tan bordada de apariencias de verosimilitud, que ellos la dieron crédito, ofreciendo desde luego dar parte á la tripulación, como en efecto hicieron aquel mismo día, y la especie fué bien recibida de todos. Nos dirigimos hacia aquella latitud sin encontrar nada de particular, hasta que pasamos á Madagascar, señalado en algunos de

nuestros mapas con el nombre de *San Lorenzo*.

A la vista de esta isla descubrimos diferentes pedazos de un navio destrozado, al parecer inglés por los indicios del león que había tenido en su proa. Dos leguas más allá advertimos que una chalupa nos hacía señas de acudir á su socorro, y apresurándonos á abordarla encontramos su gente en tan lastimoso estado como que en seis días no habían comido nada, resueltos ya á que se sacrificase uno por los demás, con cuyo fin habían echado suertes una hora antes, y cuando nos avistaron iba á espirar el término que para disponerse á la muerte había pedido el infeliz destinado á servir de sustento á sus desfallecidos compañeros. El navio se llamaba *La Fiel Ana*, mandado por el capitán Smedley, que viniendo de la China por cuenta de un negociante particular había encallado en una isla desierta, á treinta leguas de Madagascar, y el capitán se había ahogado con unos treinta de su tripulación. Esto fué todo lo que pudimos saber de aquellos infelices despues de dos ó tres días en que se recuperaron algo.

El 2 de junio, entre las nueve y diez de la noche, se levantó una borrasca que algunos marineros expertos nos pronosticaron sería larga y violenta, porque habían visto el fuego

Santelmo en diferentes parajes del navío. Venia del Noroeste y duró veintidos dias seguidos sin ceder nada, obligándonos á amainar velas y servirnos solamente de la de mesana de cuando en cuando. El veintitres cedió un poco, y el veinticuatro pusimos en uso las de los perroquetes.

El 25, estando el tiempo muy sereno, reparamos nuestro estribor, que habia padecido en la borrasca por el frotamiento continuo del áncora; bien que yo creo que el daño venia ya de mucho antes.

Esté dia nos inclinamos hácia el Oeste, en la suposicion de que habíamos avanzado demasiado al Norte.

El 28 un galopin gritó desde lo alto del palo mayor: *tierra, tierra*. Como no lo esperábamos nos sorprendió extraordinariamente; más con todo avanzamos hácia la costa con un viento Sudsudoeste. Yo consentí entonces que estábamos en la isla de los hounhnhms, cuya gustosa nueva no quise retardar á mis dos camaradas, que me lo agradecieron, pues las fatigas de la navegacion habian alterado bastante su salud y no les sobraba nada de toda su filosofia para no haber perdido la paciencia.

Cuando más me acercaba á la costa más me

confirmaba en mi opinion, aunque no la declaré á ninguno de la tripulacion, ni tampoco habia en ella quien pudiese decir el parage en que nos hallábamos.

Echamos el áncora en una famosa bahía donde teníamos cincuenta piés de agua y acabé de creer que estábamos en el pais que tanto habia deseado. La tripulacion no se atrevia á salir á tierra. Puse en la chalupa de *La Fiel Ana* (habiendo perdido la nuestra como ya dije), á los dos amigos, con harto trabajo, y entrando en ella con ocho marineros advertí á mi gente que no me esperase hasta el dia siguiente.

Dos leguas corrimos sobre la ribera sin ver hounhnhms ni *yahous* ni cosa ninguna. Principié á desconfiar con no poco sentimiento, más no desistí del desembarco en el primer sitio á propósito que encontrase, y se verificó á media legua más, procurando exhortar en voz baja á los compañeros á que tuviesen paciencia hasta que examinásemos bien el pais.

CAPITULO II.

Muerte desgraciada de Lmsrimpno y Tripmpstnic. El autor, marineros y chalupa son llevados á Lorbtulgrud. El rey y la reina le manifiestan su estimacion. Logran escaparse. Tempestad violenta. Un navío holandés sumergido. Su tripulacion se salva á bordo del «Dragon de Oro» y vá á dar á una costa desconocida.

Así que saltamos en tierra principiamos á registrarle todo, pero no encontrando vestigio alguno de hombre, fiera ni otra cosa, resolvimos unánimemente volvernos á la chalupa y al navío, con la idea de cruzar alrededor de la isla hasta reconocer un desembarcadero mejor. Por nuestra desgracia hallamos la mar baja y la chalupa en seco, sin otro arbitrio que hacer de la necesidad virtud y esperar que la marea subiese. Entretanto los marineros se entretuvieron en hacer con los remos y velas una especie de parasol, porque el calor era bastante y yo me fuí con los dos amigos á dar un paseo. No nos habíamos alejado mucho cuando descubrimos un volúmen de una altura extraordina-

ria, que bien pronto conocí era un brobdingnagense. El pavor se apoderó de mis dos compañeros, y venciendo á la razon echaron á correr. ¡Más hubiera querido al cielo cegase antes que ver la muerte de dos amigos tan perfectos! Cuando más se esforzaban á huir cayeron sobre ellos dosalcones del país, los afianzaron en sus garras y se remontaron con la presa. Yo caí acongojado á vista de tal catástrofe, y al volver en mí me hallé en la mano de un brobdingnagense. Este era un pobre pescador que me habia visto en la córte de Lorbtulgrud, y estaba gozosisimo de haberme encontrado despues de una ausencia tan larga.

Viendo mi desconsuelo por la pérdida que acababa de sufrir, el buen hombre me animaba con tanto juicio y dulzura que no me cansaba de admirarle. Fué preciso decirle dónde habia dejado mi gente. Se dirigió apresuradamente al mar, y aunque al descubrirle se arrojaron todos de tropel á la chalupa, de poco les sirvió, pues echándola una mano la puso debajo del brazo y la sacó á tierra. Procuré alentarlos en cuanto mi estado lo permitia, hasta que poco á poco fueron recobrando su espíritu.

El brobdingnagense muy alborozado nos llevó á su casa, nos dió de cenar grandemente

con una pierna de alondra, y despues nos hizo una cama muy buena en la cuna de sus hijos. Todos durmieron con mucho sosiego, excepto yo, que no podia conciliar el sueño con mi pesadumbre, y no le estuvo mal á alguno de la otra banda, pues al romper el dia vi una mosca sobre el borde de la cuna que se preparaba á dar un golpe fatal, y tirándola con fuerza un zapato logré tumbarla y evitar el desastre. Pero no tuvo tanta fortuna un tal Jorge Plumer, que no estando tan despejado como yo, fué á descolgarse de la cama para coger el dedal de nuestra huésped, que á prevención nos habian puesto debajo y cayó en el suelo. Seguramente habria cuatro varas de altura, de suerte que quedó como muerto sin poder socorrerle unos ni otros, no obstante que todos despertaron para ser testigos de su suerte, hasta que se levantó nuestro huésped y nos ayudó. Hízole al instante una sangría con que volvió al cabo de una hora, bien que molido y quebrantado. Entonces nos dijo nuestro huésped muy affligido que él evitaria estos riesgos llevándonos aquel mismo dia á la córte, mediante que solo distaba catorce strums, que son ciento cincuenta millas de Inglaterra.

En efecto, tomó un zapato viejo, le llenó de

pelusa de cardo, que allí tiene casi la misma vista y suavidad que nuestro algodón, y dentro metió al pobre Plumer, el cual se quejaba de cuando en cuando del mal olor de la alcoba, más no tenia remedio.

Luego que confortamos el estómago con lo que habia sobrado de la cena, nos cogió nuestro huésped debajo del brazo dentro de la chaluza y á Plumer en la mano y emprendió su marcha. Durante ella le pregunté por Glumdalclitch, y si sabia de qué modo me habia desaparecido. Me respondió que estaba en prision desde aquel tiempo, no obstante que todos sabian que sentia más mi pérdida que la de su libertad. Que los reyes habian estado inconsolables, la córte habia llevado luto ocho dias, y especialmente la reina hablaba todavía de mí con una ternura singular, «hasta haber oido decir, añadió, que habia concebido tal horror con el mono que os subió al tejado de palacio, que ha mandado no se le vuelvan á poner delante con pretesto alguno.»

Así pasábamos el camino, y yo veia con gusto que no habia olvidado la lengua de brobdignag, al mismo tiempo que la memoria de los dos desdichados amigos iba desapareciendo, prueba convincente de que todavía no era más

que un miserable *yahou*. Como á la mitad del camino me hizo seña Plumer de que queria hablarme, y una despues me ha dicho que me llamó; ¿pero cómo habia de alcanzarme su débil voz? Nuestro huésped llevaba la chalupa al hombro, para tenerme junto á su oido y poder seguir la conversacion; Plumer iba en la otra mano, de suerte que parecia propriamente un pollero con su comercio á cuestras y la muestra en la mano.

Dijele que deseaba hablar al enfermo que iba en el zapato, y creyendo que el negocio seria de todos puso una rodilla en tierra, bajó la chalupa y arrimó una mano á la otra. Entonces me manifestó Plumer que el calor de la mano le ahogaba, que iba sin respiracion y me pidió un polvo. Rogué al brobdingnagense le pasase á nuestra chalupa, en que convino al instante, preguntándome qué droga era aquella que le habia dado. Tuve que explicárselo y aún conoci que queria un polvito; pero no se atrevia á declararse por no dejarme desprovido. Como nos habia tratado tan bien, me pareció correspondiente darle gusto; le vacié la caja sobre una uña por no poder entrar sus enormes dedos en ella, y aplicando las narices, segun me habia visto hacer, la dejó limpia de un golpe, lo cual le hizo estornudar con tanta fuerza, no

obstante que para él equivalia esto lo mismo que un grano para nosotros; que pensamos quedar sordos. No paró aquí la fiesta, sinó que de la tormenta que se levantó en sus narices corrían dos raudales por sus ventanas que nos anegaban, y un tal David Mackensie, escocés, cayendo en el suelo se rompió la cabeza con un guijarro. Nuestro huésped fué el primero que lo advirtió; mostró su sentimiento como todos los demás, y nos suplicó que no lo dijéramos en la córte, en que condescendimos gustosos, no obstante que la prevencion era bastante ociosa, porque si no es yo, ninguno entendia la lengua del país; pero él muy satisfecho de nuestra palabra le levantó y le metió en un alfilerero de su mujer, que por casualidad llevaba en el bolsillo.

Continuamos nuestra marcha sin cesar nuestras desgracias. La tormenta de los estornudos volvió y con ella un huracan que sonó como un cañonazo, de suerte que aunque no nos causó daño á pesar de su impetuosidad, la polvareda que subia hasta el hombro, donde íbamos dentro de nuestro barco, nos infestó tanto que creimos perecer. Por fortuna, un marinero holandés, que la aguantaba mejor, se acordó de tocar con un remo en las narices á

nuestro huésped para hacerle señal de que nos pusiese en el suelo, pues yo especialmente no podía ya hablar; y advirtiéndome en el instante nuestro desorden, aunque ignoraba la causa, ni tuve por conveniente declarársela, pretestando que el sol nos abrasaba, quitó la presilla á su gorro y con la doblez nos armó una especie de parasol muy bueno, que no estuvo demás, porque en efecto principiaba á calentar, y entre tanto la polvareda se aplacó. Despues le pedí que esperase en alguna aldea inmediata á la capital á que la tarde cediese, para no entrar de día, cuyo pensamiento aprobó, respondiéndome que no le faltaria medio para librarnos de la vista del populacho.

En la posada donde paramos á comer hubo otra nueva desgracia. Ejecutado de sus menesteres un marinero holandés fué á bajar de la chalupa á una mesa, donde la habian puesto, y cayó en un plato de vinagre. No estaba tan lleno que le cubriese del cuello para arriba, más no pudo hacer pié por lo terso del plato, y le valió ser un gran nadador para poder salir á la orilla á fuerza de brazos, descolgándose despues á la mesa con harto trabajo.

Nada hubiera sucedido si nuestro huésped no hubiese tenido que salir del cuarto á pedir

la comida, dejándonos encerrados por temor de que nos viesen; pues era tan precavido, que sin embargo de ser parienta de su mujer el ama de la posada, nos escondió debajo de una faldilla de su jugon al entrar en ella, mirando á que no llegase la noticia á la córte antes que nosotros.

La misma precaucion observaba siempre que encontrábamos á alguno en el camino, y desde la media tarde que principiámos á dar vista á la ciudad, no nos volvió á sacar hasta que llegamos á las puertas de palacio.

El portero quiso detener á nuestro conductor, quien llamándole aparte levantó la faldilla y le enseñó lo que llevaba. Este portero era el mismo que habia en mi tiempo, pues los brobdingnagenses no suelen deshacerse de un criado á menos que se halle convencido de alguna picardia, que rara vez sucede; y como me conocí, nó obstante la diferencia de vestido, pasó inmediatamente á dar la agradable nueva al rey y su esposa, que estaban á la mesa, y mandaron que me llevasen á su presencia sin detencion.

Desde luego conocí en el semblante de SS. MM. el gusto que les causaba mi regreso, tanto mayor por llevar conmigo otras siete

criaturas de mi propia especie. El rey nos fué cogiendo uno por uno y colocándonos en fila en un plato sobre la mesa para observarnos mejor. La reina, que era corta de vista, no apartaba su anteojo de la cara, y la mayor parte de gentiles-hombres y damas hacian lo mismo, pues los cortesanos de Brobdingnag son unos fieles imitadores de la real familia.

Dijome el rey, con una sonrisa muy graciosa, que la corte habia estado sumamente aflijida por mi ausencia tan larga: que esperaba con impaciencia oír la relacion de mis aventuras. Entonces conté cuanto me habia pasado, según se ha visto, sin disfraz alguno; solo añadí, para granjearme más aprecio, que aun estando en mi casa no podia echar de mí la memoria de las delicias que habia gozado en la corte de S. M., y por desgracia habia perdido. Que no pude lograr quietud hasta encontrar navío pronto, y aquellos compatriotas que me acompañasen á Brobdingnag; pero que ya no tenia que desear, pues mi fortuna habia triunfado de la tardanza.

Así que oyó el rey que nuestro navío nos esperaba en la costa, quiso enviar por él á doce hombres de su guardia, como lo hubiera hecho á no haberle suplicado yo dejase pasar un día

ó dos para poder ir con ellos, y tomando la medida disponer una especie de carro en que viniese sin quiebra.

Seguimos hablando sobre materias diversas hasta que tuve la ocasion de pedir la libertad de Glumdalclitch, que me fué concedida en el instante. ¡Cuál seria el gozo de aquella infeliz prisionera cuando no pudo contenerla todo el respeto que consagraba á la corte para arrojar-se á mí, sacarme del plato donde estaba y ponerme en su pecho! Saltaba de contento con tanta fuerza que me hallé mojado como si me hubiera caido en el mar. Juzgue cualquiera como me veria; mas era preciso perdonar el mal rato por la ternura que lo motivaba.

A la hora de recogerse nos llevó á todos á su cama, y nos colocó en buen orden sobre la almohada tapándonos despues con su pañuelo doblado, el cual nos sofocaba tanto que tuve que decirle le desdoblase si no queria encontrarnos ahogados; y como estaba inmediato á su oído pude seguir una larga conversacion con ella, en que me contó cuanto habia pasado en la corte durante mi ausencia, y la pesadumbre que le habia causado mi desgracia.

Por la mañana, luego que nos levantamos nos metió en la caja de los polvos y nos llevó al

tocador de la reina, según la había mandado en la noche anterior. Para divertir á S. M. me ocurrió mandar á Jacobo Frampton, de la provincia de Chester, que bailase las rondas de su país. La agradó infinito, y preguntándome si sería yo para hacer otro tanto, respondí que lo que acababa de ver no era más que una danza de *shalloms*, esto es, de paisanos en *brobdingnagense*; pero que iba á ver otra que acaso la gustaría más, y sin detenerme bailé un minuto sobre el palo de la cotilla de S. M., que estaba en el tocador, y me dió las gracias, aunque no dejé de conocer que se inclinaba más á la de Frampton, como me confesó ingenuamente. ¡Pero qué carcajadas de risa daba cuando dije que en Europa muchas personas ganaban bienes y haciendas cuantiosas enseñando á sus habitantes el arte de andar!

En esto entró el rey, lo que nunca hacía hasta estar vestida la reina, y me dijo tenía nombrados los que habían de ir con nosotros á traer el navio, entre ellos el carpintero de palacio. Debo advertir aquí que mientras estuvimos en la cama habíamos hecho un consejo mis compañeros y yo, en que deliberamos escaparnos si teníamos la ocasión. Mal podía haberla yendo brobdingnagenses con nosotros. Por esto

respondí á S. M. que, si gustaba, iríamos solos con el pescador que nos había encontrado, porque nuestra gente (me valí de este pretesto), se atemorizaría de ver tantos colosos, y acaso no vendría de muy buena voluntad, en vez de que confiándome á mí el negocio sabría lograr el fin sin el menor embarazo, y que los ingleses eran tan celosos de su libertad, que derramarían hasta la última gota de sangre por conservarla. El rey hizo una sonrisa á estas palabras y me dijo que lo dejaba todo á mi prudencia, porque tampoco quiero yo, añadió, exponer mis vasallos á vuestras armas y al furor de un pueblo tan formidable como el vuestro. Ni á Glumdalclitch permití que nos acompañase, aunque lo pretendió con bastante ansia; solo aquel buen hombre que nos había conducido fué el que recibió la orden de volver á cargar con nosotros como antes y ponernos á la orilla del agua, donde nos despedimos encargándole nos esperase la mañana siguiente en el mismo sitio y hora. No le perdimos de vista en cerca de media legua, hasta que una punta de tierra nos le ocultó, y con el beneficio de una marea favorable llegamos á nuestro bordo en menos de una hora.

Bien creará cualquiera que no tardé más en

desancorar y partir, de suerte que antes de anochecer ya no descubríamos tierra alguna, ni temíamos el alcance de los brobdignagenses. Entonces libres del temor de volver á caer en sus manos, el cual nos habia tenido como mudos, principiamos á respirar y á contar nuestras aventuras. Los que no habian tenido parte en ellas sospecharon al pronto que habiamos comido de algunas raices venenosas, que nos hubiese turbado el juicio. Nos costó trabajo disuadirlos, esto es, á los prudentes é instruidos, que la canalla ignorante se aferró en que nos habian dado hechizos.

Navegamos al Sudsudoceste, para arribar á cualquier parage de la China en menos de veinte dias. Mi anhelo por el pais de los houyhnhnms no era como antes de perder á los dos amigos, aunque no podia atordarme de ellos sin verter lágrimas, lo cual duró todavía algun tiempo. Los oficiales y tripulacion no iban ya tan disgustados conmigo, porque hacia una semana que me dignaba comer con mi teniente. Hé aquí cómo fui volviendo poco á poco á las flaquezas de la humanidad; triste ejemplo de la fragilidad de los hombres, que se aumenta al paso que se envejecen.

Veintiun dia llevábamos de este rumbo sin

descubrir tierra ni poder observar á qué latitud nos hallábamos á causa de la niebla, que no dejaba de darnos algun cuidado. La mañana siguiente avistamos una embarcacion. Abordamos por la tarde y reconocimos ser un buque holandés que habia salido de Batavia para la Nueva Holanda, y que habiendo principiado á hacer agua desde aquella misma mañana, desesperanzados ya de poder salvarla á pesar de las bombas, habian embarcado lo mejor de sus efectos y provisiones en las chalupas para escapar, si les daba lugar su apuro, mediante nuestro socorro. En efecto, les ayudamos en cuanto pudimos, de suerte que antes del anochecer quedó evacuado el buque de todo lo más precioso, y abandonándole á las olas se sumergió al momento.

Un número tan considerable de huéspedes nos tenía con demasiada estrechez, lo cual dió motivo á cierto susurro entre algunos bárbaros sobre si se habia hecho bien ó mal, y lo peor fué que se levantó una fuerte tempestad del lado del Norte que nos obligó á virar al Sud, y comenzando tambien á hacer agua nuestro navio estuvimos toda la noche con una sola vela de mesana, esperando á cada instante ir á fondo.

Por la mañana sobrevino una niebla densa que apenas nos permitia descubrir como dos veces el largo del navío, y enseguida notamos una calma que parecia le dejaba ir con la corriente; pero á las ocho reconocimos que ya no se movia. Esta desgracia renovó los temores de la noche precedente, no contando ya ninguno con la vida. Por mi parte confieso que me arrepentí más de una vez de haber recibido á bordo los holandeses, pues algunas mujeres que llevaban consigo daban tales alaridos, que no podíamos entendernos. En tan triste situacion nos vimos hasta que el sol fué disipando la niebla. Entonces reconocimos que estábamos sobre un banco de arena á media legua de la costa, aunque no pudo decir ninguno si era isla ó continente lo que mirábamos, ni nos interesaba saberlo, supuesto que de todos modos mejoraba nuestra suerte con respecto á pocas horas antes, en que habíamos creído perecer, y esta reflexion nos daba ánimo. A principio de la tarde logramos un temporal sereno y aun caliente; determinamos sacar á tierra nuestras mercaderías y registrar el nuevo descubrimiento, con la precaucion de enviar delante doce hombres escogidos y bien armados, y de todos modos sin internarnos mucho.

CAPITULO III.

Gulliver envia doce hombres á tierra. Los ingenieros siguen. Arman tiendas y las guarnecen de trinchera. Su navío deshecho. Construyen una pinaza en que se embarcan ocho de la tripulacion para Batavia. El autor es nombrado general en jefe de ingleses y holandeses. Oficiales electos para servir á sus órdenes y otras varias cosas.

Habiendo desembarcado nuestra gente se dirigió á una altura que dominaba el país, con aquella precaucion que siempre inspira el miedo; mas no descubriendo casas ni habitantes, tuvo por peligroso internarse con tan pocas fuerzas, y volvió á bordo. La mañana siguiente enviamos doble destacamento con orden de devolvernos la chalupa para desocupar el navío, que no podia ya mantener tripulacion ni cargamento. Todo fué ejecutado con tanta prontitud, que antes del medio dia quedaron nuestras mercaderías y provisiones debajo de una gran tienda construida á este fin y para defendernos de las injurias del tiempo. Para la tripulacion se habian hecho otras más pequeñas.

Luego que arreglamos lo más principal,